



Dr. Francisco de P. Miranda

## EL DOCTOR FRANCISCO DE P. MIRANDA \*

SALVADOR ZUBIRÁN

Académico de número

Es para mí muy grato y satisfactorio el haber sido designado para que, en breves palabras, exponga algunos de los rasgos más sobresalientes de la vida de Paco Miranda, como cariñosamente le llamábamos.

No es tarea difícil, al recordar su vida, encontrar los relieves característicos de su personalidad, que en muchos aspectos alcanzan caracteres excepcionales. En unas cuantas líneas trataré de analizar al hombre, al médico y al maestro, ya que en cada uno de estos tres aspectos se reveló y se individualizó su personalidad.

Hombre de innata bondad, pródigo en los afectos, de exquisita sensibilidad, su tránsito por la vida dejó marcado su interés por todo lo humano. Humanista por excelencia y apasionado defensor de la libertad, se manifiesta en todos sus escritos un empeinado perseguidor del ideal. En un constante afán de cultura, llegó a adquirir una erudición casi enciclopédica que nunca lo sació; así lo expresan sus propias frases: "un paso más y habremos de poner nuestro empeño en lo que constituye el alimento de nuestro espíritu, la base de nuestro saber, a la vez que el deleite de nuestra mente atormentada por la sed de enseñanzas". Esa vasta cultura le hizo ser brillante exponente en congresos y academias de índole diverso. Tengo el recuerdo de haber escuchado de él una docta conferencia, dicha en inglés, sobre Juan Ruiz de Alarcón, ante una sociedad literaria norteamericana, en la ciudad de Dallas, adonde asistíamos a un congreso médico.

Poeta en su juventud, era, por otra parte —dentro de la austeridad de su ciencia y su personalidad de maestro—, amigo jovial y alegre que nos acompañaba en las ruidosas reuniones estudiantiles de fin de curso, en las que ponía la nota alegre y hacía alarde de su ingenio.

\* Leído en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina, la noche del 5 de noviembre de 1952, en que se rindió homenaje al Dr. Miranda y se descubrió su retrato en el salón de actos.

Como médico, su vida no fué menos pródiga y generosa. También aquí perseguidor del ideal, tesorero buscador de la verdad, también en este campo su vasta cultura médica abarcó todas las ramas en las que se perfilaba el progreso, en las que se vislumbraba la verdad. Higienista desde muy joven, es ésta una actividad que por sus tendencias humanistas no abandonaría nunca; actúa en el campo de la salubridad pública y en las últimas etapas de su vida se convierte en el más capacitado y fuerte luchador por una de las más dolorosas calamidades que afectan al pueblo mexicano: el hambre. Sus estudios sobre la nutrición del pueblo de México y sus esfuerzos para mejorarla, lo señalan como la voz más vigorosa y autorizada ante congresos nacionales y extranjeros. ¡Cuánto le debe la medicina mexicana a este hombre excepcional!

Introduce a la práctica profesional los estudios bioquímicos para el diagnóstico de las enfermedades y el uso de los procedimientos y técnicas hasta entonces desconocidas en México, como la cardiografía. Preconiza las técnicas modernas para el manejo de los enfermos diabéticos y renales y es el que introduce en nuestro medio la dietología actual.

Su espíritu inquieto le hizo abarcar, además, la psicología y la psiquiatría. Hace estudios muy profundos sobre la endocrinología, a la que dedica la mayor parte de sus actividades, y en su juventud se queda muchas noches pegado al microscopio, a hurgar dentro de los insondables problemas de los tejidos y las células.

Dentro de esta fecunda actividad se revela sobresaliente, como el perfil más destacado de su personalidad, el médico caritativo y bondadoso que encuadra perfectamente dentro de su propio concepto del hombre de ciencia, cuando dice: "El verdadero hombre de ciencia, que nunca ha tenido ambiciones materiales ni ha deseado preeminencias injustas, pero que tiene derecho a vivir decentemente y a procrear y educar a sus hijos..." Así fué él en el ejercicio de su profesión: médico noble y generoso que nunca luchó por ambiciones materiales ni deseó preeminencias injustas.

Como maestro, lo fué siempre desde lo más profundo de su espíritu. Así lo conocí enseñándonos la psicología en la Escuela Nacional Preparatoria, por el año de 1916. De él recibí también las primeras enseñanzas de la histología en el laboratorio del doctor Meza Gutiérrez, aun antes de ingresar a la Escuela de Medicina.

Maestro de histología y de higiene, maestro de clínica médica y de endocrinología, maestro en el aula y maestro fuera de ella, aun la conversación más trivial suya, llevaba intrínseca una enseñanza.

No quiero terminar sin hacer alusión a su actividad académica que tan justamente se honra hoy. Baste decir que siempre fué prominente figura

dentro de nuestra Institución, por la que luchó con gran denuedo. A este respecto repetiré sus palabras: "Es preciso que defendamos nuestras instituciones y que les hagamos vivir la vida superior del intelecto para la que fueron creadas por nuestros mayores."

Y por último, las palabras finales de su discurso como presidente de esta Academia, que dicen:

"Sean mis últimas palabras de viva gratitud y reconocimiento por el altísimo honor que he recibido y que nunca creí merecer, honor que espero corresponder al continuar mi labor modestamente en las filas de los batalladores del ideal."